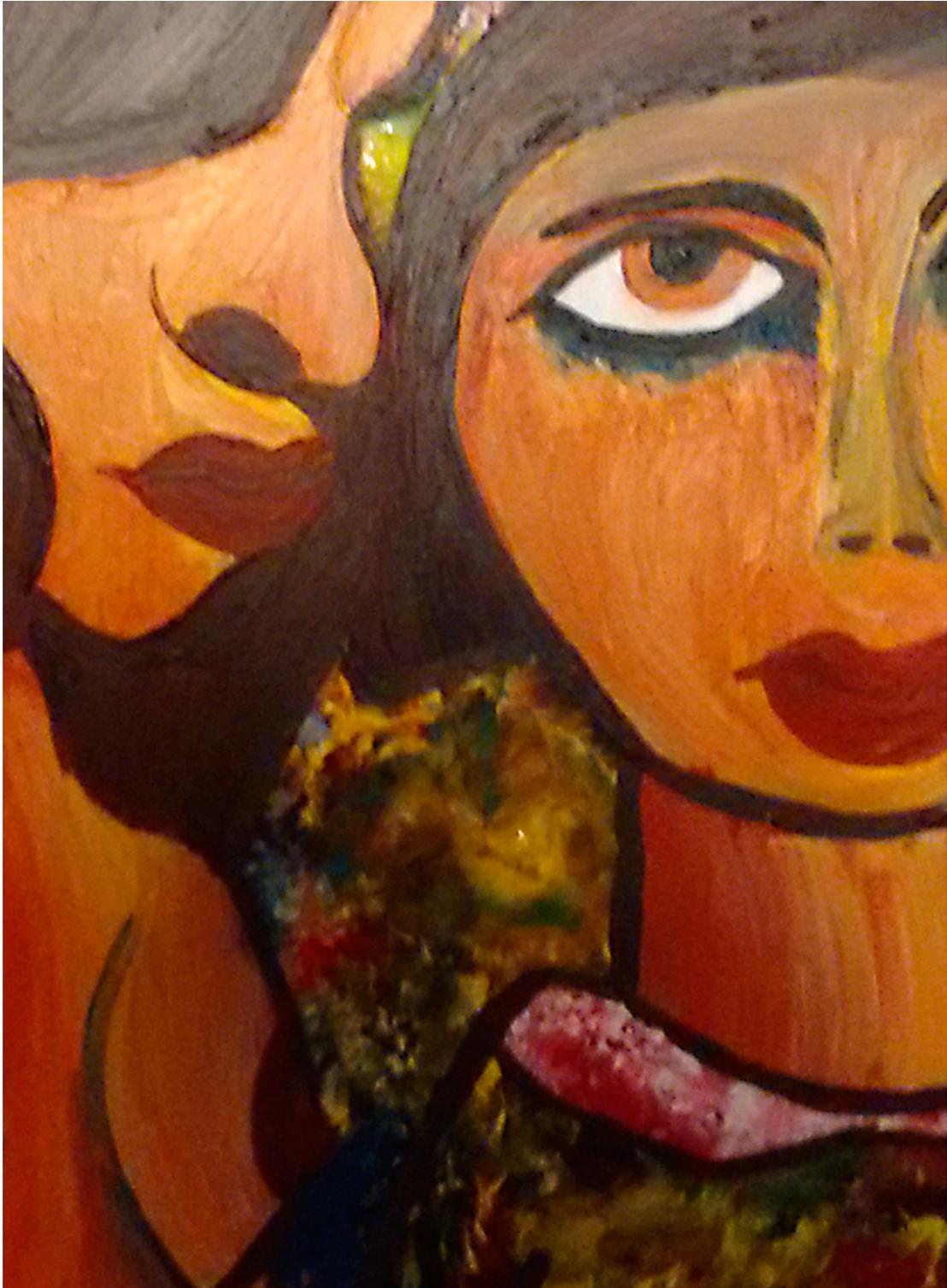


El espejo

Lina Rocío González Gutiérrez



Capítulo 1

Me gusta mirarme al espejo cuando lloro. Mis gestos deformados dibujan la imagen que mejor describe mi más íntimo performance. Un auténtico desnudo artístico.

Me gusta mirarme al espejo cuando lloro porque cada mueca me recuerda que aún no me he ido. Y no solo me miro al espejo, también me tomo una fotografía para comparar el tipo de lágrimas. Lágrimas de fragmentos de muchos tiempos que he retratado en mi propia colección de fotos llorosas. Ciento veintidós en total. Trato de armar una línea del tiempo con ellas guiada por el recuerdo del sabor de cada una. Mi pared es un mosaico de ojos rojos, cejas arrugadas, mejillas hundidas, labios apretados y una gran sensación de incontinencia.

Todo este despliegue masoquista para volver al inicio: el reconocimiento de la que ya no está, de la que viene de visita, de la infantil que se asoma, de la esquiva que se esconde y de la suicida que en cada foto hace una advertencia de sacrificio. Tendré que hacer un nuevo mapa para que el sacrificio sea ella. En este caso, la diosa hambrienta seré yo misma.

Me gusta mirarme al espejo cuando lloro porque entre el llanto y el aliento cortado al fin encuentro su imagen, pero no la triste que me dejó. No, esta es una imagen colorida, de sonrisa paisajista y mirada dulce. De una aborígen con colmillos que da la bienvenida a los visitantes de mi pasado.

“Calma llorona, calma llorona...” me digo parada frente al espejo frío de siempre en medio del cuarto revolcado y el televisor encendido invitando a comprar la felicidad por módicas cuotas. Y el cuerpo atormentado, con el espíritu de pobrediablez proyectado en ese abdomen bajo abultado. Lloro la culpa mientras los errores se esparcen como alquitrán, mientras las manos se pulverizan en intentos fallidos de reconstruir el cuerpecito que unas manos redondas, firmes y decididas extrajeron con un gancho de ropa. Lloro, que la cena ya está servida, afuera todos esperan la figura de la compostura. Lloro, que la risita de bebé no se calla nunca, que las manitos sobre la cara desarmaron la rectitud de la moralidad.

Podría inventar el pasado, sacar algunos personajes dañinos, reinventar las situaciones absurdas que me hacen llorar de esta manera histriónica y destruir para siempre la fuente del dolor que es el pasado recurrente y culposo. Pero creo que el engaño, que no es un esterilizador de errores ni un invento desculpabilizador, no se cubre con más engaño.

—Lo mejor que le puede pasar es morirse —dijo con total convencimiento

y le creí. Las frustraciones y los rencores serían la cuna donde nacería.

Nunca le puse un nombre ni le canté canciones esperanzadoras. Mientras crecía a la par de mi zozobra, reafirmaba la decisión primaria e instintiva: una nueva vida no tenía ninguna posibilidad de ser en este terreno desperdiciado, de espíritu ausente. Así que me deshice del compromiso social maquillando un poco la crueldad: mantener a salvo a alguien de este odio incontenible sería el mejor acto altruista que podía hacer. Después de todo, una muerte temprana ofrecía la redención de la conciencia y me revestía de filantropía. Estaba impidiendo el nacimiento de un futuro delincuente y eso me convertía en un ser comprometido y visionario, como dictan los principios. Al fin estaba poniendo en práctica algo de sensatez.

—Puerta número ocho al final de las escaleras —dijo la voz ronqueta y descolorida que atiende las llamadas. Encontrar el sitio fue fácil, el aviso era claro: “Destapamos cañerías sin romper”. Una promesa salvadora para evitar la escena sangrienta, la evidencia visceral.

Para ese martes a las ocho de la noche estaría resuelto: un pinchacito acabaría con su sueño inmaculado de nacer, con mi culpa por dejarlo ser. El lugar era una casa vieja que alguna vez fue azul. Todavía quedaban visos de la pintura original sobre el improvisado aviso de almacén agrícola con su par de pollos famélicos, uno recostándose en la “a” y otro sirviendo de tilde a la “i”. Al entrar por la angosta puerta creí que al fin empezaba a vivir una bella historia de amor como la que alguna vez quiso escribir Fellini. Al final del pasillo atestado de olor a purina, comenzaba una escalera mucho más angosta que el pasillo, como si estuviera pasando a través de un embudo para sacar con justa medida la sustancia sobrante. La escalera estaba apenas iluminada por una lucecita amarilla y mortecina que se confundía con el amarillo percutido de las grietas del piso de cerámica vieja. Arriba se escuchaba la misma voz del teléfono en un tono más grave, pero con el desdén agudizado repitiendo “siga, siga”. Parecía que supiera exactamente hacia dónde se dirigían mis pasos dudosos, y anticipándose a mi deseo repentino de huir, salió a mi encuentro. Faltaban dos escalones para terminar la empinada escalera y antes de ver el rostro de esa figura negruzca, su mano huesuda y peluda me tomó por el brazo reafirmando la decisión, ahuyentando el arrepentimiento. Era un hombre triste y pálido, de espíritu ausente, de infancia perdida, con el pelo sucio asomándose por los hombros. Era la personificación de la muerte dándome la bienvenida a mi acto altruista. Como siguiendo un estricto ritual, me llevó sin soltarme hasta la puerta ocho. Con la punta embetunada de su bota, la empujó suavemente y bruscamente me pasó una bata blanca con olor a moho, cerró la puerta y se fue. La luz blanca ya empezaba a encandelillarme, era un cuarto muy frío con baldosas blancas desde el piso hasta el techo, del tipo de baldosa envejecida que cuenta historias, que tiene memoria resistente al cloro y al jabón. En el centro, una lámpara de dentistería y una cortinita azul pálido de centro de

higiene de los años setenta, desde donde salió la mujer que me daría el boleto de reinicio. No me dijo su nombre. Tenía el típico aspecto de una matrona, de las que desbordan oralidad y superstición. Sus caderas anchas se bamboleaban dentro de un florido faldón largo por el que se asomaban las uñas pintadas de rojo sangre toro. Se acercó lo más que pudo, me lanzó una mirada inspeccionadora, se detuvo en mis ojos expectantes y sonrió. Sin decir nada, acercó su butaca rústica, me señaló la camilla un poco oxidada y con gran calma comenzó a explicarme el procedimiento. Su mechón corto sobre la cara apenas se movía con sus expresiones repentinas que marcaban el tono de advertencia sobre lo que debía y no debía hacer para que la operación tuviera éxito. El procedimiento era sencillo: introducir un alambre, pinchar el feto entrometido, esperar unas horas y tomar un antibiótico. La naturaleza se encargaría del resto. Destapó su instrumental y mis piernas temblaban queriendo escapar, todo mi cuerpo parecía hacerse el ocho marcado en la puerta, retorciéndose para no ser testigo de mi preparada maldad. Y es que el instrumental no era más que un gancho de ropa y unos guantes de látex con aspecto reciclado. Me amarró las piernas y las manos a la camilla con trozos de tela que ya tenía instalados, sacó de la pretina de su faldón un trapo húmedo y lo puso en mi boca, prendió una grabadora ochentera, se puso los guantes y mientras moldeaba el gancho de ropa para que el pinchazo fuera certero, sonaba un jocoso vallenato en la emisora. Y así, al son del acordeón, el gancho de ropa fue subiendo desde mi vagina horrorizada y reseca hasta mi útero opositor. Ella tenía el ángulo correcto y fue directo al pequeño corazón. Sacó el gancho desgarrándome en un solo tirón. La punta estaba apenas ensangrantada, la limpió en su faldón y dijo:

—Ya se puede vestir, por hoy no es más. Mañana, cuando se levante, no coma nada, póngase de una a hacer oficio, brinque, haga fuerzas, agáchese y párese varias veces hasta que lo sienta venir. Y ahora que salga, cómprese de una vez el antibiótico, no sea que se le complique como a varias muchachitas finas que han venido con la misma carita de poder igual a usted, y va uno a ver, y las entrañas las tienen flojas, como la voluntad.

Salí con náuseas, aún sin dolor, sin tiempo para el remordimiento. Tomé un taxi y vine a casa, al lugar extraño que me acogía en las noches y que no había sentido propio hasta ese momento. No fui capaz de mirarme, no quería incriminarme ni mucho menos responderme, que todavía no quería despertar la conciencia confundida por el Valium.

“Sueño infinito, atrápame, llévame contigo a tus confines y no me dejes regresar... Noche que has llegado posesiva, que me arrancas la claridad, no te quites más, no te acabes nunca que no quiero despertar”. Esa fue mi plegaria esa noche y la repetí hasta que el sol sobre mi cara me hizo abrir los ojos. Demasiado tarde para elevar plegarias; comprobado que en una noche cualquiera no se elevan los espíritus por más fuertes que sean

sus intenciones.

Me levanté sin proyecciones y acudí al impulso y a la memoria cercana de la instrucción. Bajé a la cocina, lavé los pisos, me encaramé en las ventanas para limpiarlas, hice contorsiones para llegar hasta el alto techo del baño con la escoba (que la casa estuviera limpia para recibir el obsequio envuelto en hemorragia de la muerte invitada, que por supuesto no se hizo esperar).

Prendida de las paredes, pude sentir cómo se desprendían las entrañas, se derrumbaba el primer hogar y mi acto de amor se derramaba por mis piernas en una tibia avalancha roja que me hizo desmayar. Ya estaba hecho, tal como lo predijo la matrona, ya estaba fuera. A mi modo yo también había derramado sangre por la humanidad, solo que lo mío era una falsa promesa porque sí dolió, porque la infección invadió más que mis órganos, porque los puntos no cerraron el malestar de la culpa, porque aunque su cuerpo fue expulsado por un gancho de ropa, nunca se fue, nunca regresó el perdón y la paz se esfumó. Ni siquiera quedó una noción de ella en forma de esperanza.

Los días pasan en medio de distracciones creíbles, ayudadas por el ruido de la cotidianidad. Pero la noche viene desprovista de espectáculo y cuando se acaba el mediano confort que produce llorar, los ojos enrojecidos y el cuerpo tembloroso me recuerdan con frialdad que mi elección fue el amor doloroso. Un amor traumático y sin arrepentimiento que incrementa la probabilidad de comprobarme deshumanizada.

Cuando el intento de ser alguien me entrega a la noche, me aferro a los restos de valor, y conjuro oraciones alentadoras para que cada noche sea al fin la última. Que su majestuosa oscuridad me envuelva y me quite el frío y que la noche entera entre por mis intestinos y estalle en un pulmón, que se coma mi desazón, que no deje rastro del corazón y me desvanezca en un menudo polvo brillante que llene de ingenuidad mi aclamada noche ancestral.

Pero la noche siempre está completa. Es ella: poderosa, imponente, incorruptible, no se agacha ante mis ridículas súplicas. Sin detenerse, sin apresurarse, me devuelve al día estridente, con su fluorescencia cegante y sus empalagosos ruidos. La voluntad solo quiere ser fiel a la noche y el día me arrebató la calma conseguida con la ensoñación. La luz se cuelga por el tul roído de las cortinas formando un triángulo sobre el espejo que ha sido cómplice y testigo de mis trucos para la vejez, de mis muecas proyectivas y demostrativas y de mis arranques de ira. El espejo siempre ha estado ahí. Con los años, una capa de moho ha ido engrosando los bordes, pero todavía cabe el reflejo completo de mi figura. La táctica ya es instintiva: recuperar un poco de voluntad hasta lograr abrir los ojos, levantarse y

corroborar frente al espejo que todo sigue igual o descubrir una nueva manchita en la piel y empeñarse en borrarla para disipar el pesimismo. Así se pasan los primeros minutos, a veces horas, de mis días hasta que el trabajo o el hambre me obligan a sacarme de mi estado ensimismado. Y llegan las horas vacías de desprendimiento repartidas entre los acostumbrados viajes de bus y el cuerpo sentado tras una pantalla digitando cifras ajenas sin poner mucha atención, esperando la noche para hacer la plegaria. Hasta que llega el domingo, cuando el día no tiene propuestas y el martilleo constante de la inconformidad, de la culpa disfrazada, me hace actuar.

Para completar el acto de amor puro, sería necesario ofrecer una víctima voluntaria en el plano terrenal, preparar un encuentro en el terreno espiritual, ponerle un comienzo carismático a la historia y un final heroico que hasta podría darme un tiquete a la santidad. Honor, desprendimiento y sacrificio, ya cumplía con tres requisitos. Así que durante algunos domingos me dediqué a conseguir la fórmula del coctel barbitúrico. Hice mis propios ensayos con plantas, el perro del vecino y un loro azul que me habían regalado en navidad, para documentar el proceso y darle un carácter científico al asunto por si alguien llegara a necesitarlo de urgencia.

La tierra de las plantas hirvió como tierra volcánica, se puso rojiza, las hojas se tornaron grisáceas y el color verdoso pálido de la muerte se fue expandiendo por el tallo hasta las hojas. En una noche, el verde vivo se convirtió en marrón estéril y pestilente. Veinti tres horas para la desaparición vegetal. La preparación debía ser ajustada, y para probarla, el elegido era el loro azul con sus canticos corrosivos y sus ojitos expiadores. "Canta lorito, abre grande ese pico y toma esta prodigiosa medicina, que pronto serás parte de un coro celestial". Diez minutos después, un manto de espuma blanca cubría el brillante plumaje. Las patas perezosas buscaban un asidero y luego de veinte minutos, el lorito era una espesa y colorida sopa silenciosa donde apenas se distinguía el pico abierto en su máxima expresión de abundancia. Demasiados miligramos para un cuerpecito apenas articulado.

—Ven, mi fiel amigo, es hora de reclamar la promesa con la que te domesticaste. Prometiste entregar tu vida por tu amo. Ven, vuélvete célebre, embriágate de ciencia y heroísmo, sella este pacto de hermandad con tus últimos deseos e inmortalízate con el capricho de mi voluntad—. Este fiel amigo era un pastor alemán bastante robusto y vivaz. Si la dosis funcionaba en él, con seguridad serviría para un humano promedio. Luego sería fácil ajustar la dosis con una simple fórmula matemática según la masa y grasa del solicitante. Y el pastor alemán cumplió su promesa: obedientemente bebió su lechecita tibia adulterada. Ocho minutos después se tambaleaba de lado a lado, dándose contra las paredes en busca de su cama, y cayó en un plácido y profundo sueño, manteniendo una sonrisita de agradecimiento en su cara. Su respiración se iba haciendo

más lenta y en treinta y ocho minutos sus signos vitales desaparecieron. La preparación funcionaba y entregaba una muerte digna. Después de todo, las vidas del reino vegetal y animal ofrecidas con generosidad no se desperdiciaron. Ahora hacían parte de una teoría científica.

Ajusté todos los detalles que en mi afán de acabar pude contemplar: depuré la fórmula matemática ($mm \times masa/grasa$)², publiqué la teoría encubierta en inofensivas tiras cómicas, envasé el coctel y potencialicé el mío con algunos antidepresivos. Imaginé la escena por última vez. Dispuse que la hora sería en la tarde, a las tres, cuando todos hacen su siesta dominical y hay menos riesgo de que a alguien se le ocurra venirme a "salvar". En el almuerzo me esforcé por poner mi cara de felicidad moderada para no despertar sospechas, tomé un caldo ligero y esperé paciente la hora con la mano en el bolsillo calentando el frasquito que me llevaría a mi nueva vida o muerte, o estado, o lo que fuera. Con seguridad, algo diferente. Al menos a esa idea le apostaba para que todo ese ensayo patético pareciera interesante.

Entonces, con la imagen del perro felizmente adormecido, vacié el frasquito en mi boca sedienta, limpié con la lengua desesperada cada gota, cerré los ojos en busca de mi fluorescencia interna que tanto disfrutaba en las noches y esperé frente al espejo refrescándome con las lágrimas rutinarias hasta perder lo que creía era mi conciencia.

Calentura pura baja por las piernas como un río enfurecido desbordándose, arrasando mis estructuras orgánicas. El espejo se ha convertido en una gelatinosa y creciente superficie de la que emergen unas tijeras más grandes que mi cuerpo inestable. Tijeras filosas manejadas por una mano muy blanca, con siete anillos rimbombantes y uñas mugrosas retorcidas en las esquinas que cantan con una vocecilla encantada: "Corta, corta, corta, corta...".

No sé dónde han cortado exactamente pero siento el crujir instantáneo de la ruptura de cada filamento nervioso de mi cuerpo adormecido. Siento cómo un montón de cuerdas se tiemplan y luego se desprenden con el corte preciso quedando huérfanas. Puedo sentir cómo se pierden en el aire caliente, en el vacío que se abrió entre el espejo y el suelo. Los dedos sucios salen de los orificios de las tijeras en un cinematográfico movimiento sincrónico, encogiéndose y abriéndose para empujarme hacia el piso marmolado de la habitación, que cada vez se hace más profundo y lejano. En la caída el aire parece abrazarme, prestarme una manta acogedora. Por primera vez, no tengo miedo y mis manos se alargan formando una suerte de canasta para contener el cuerpo. Los huesos de los dedos salen filosos de la piel, no derraman sangre ni causan dolor. En mi último impulso de autorreconocimiento, uso mis dedos índices para abrir mi abdomen y liberar un poco de peso con la intención de prolongar

mi plácida estadía en el aire.

Retiro la capa grasosa expulsándola como burbujas amarillas al espejo. Saco los intestinos, los desdoble, los soplo cuidadosamente para no romperlos. Su textura rojiza y brillante contrasta tan bien con lo que me queda de piel, que me hago un bello vestido envoltorio con su collar ondulado y unos aretes con el útero cicatrizado, con la marquita inolvidable del gancho de ropa. Y qué bien luce repartido en los lóbulos de mis orejas. Ahora caigo vistiendo orgánicamente, dándole un uso racional a la pérdida intencional, experimentando la máxima sensación de liviandad, luciendo el mejor atuendo que podía llevar para la ocasión. Solo me preocupa que se estropee cuando llegue al piso o que explote con el golpe y se reduzca a tripas esparcidas. Pero para mi tranquilidad, el marmolado ya no está, me recibe una acolchada caja que sale de una capa rosada de músculo liso. Mi vestido sigue intacto, encaja perfecto en este nuevo empaque y mis ojos quedan frente a uno de los lados más anchos de la caja, en el que se lee claramente el nombre del padre del niño que nunca fue. Con solo leerlo, las letras se desprenden y se incrustan en mi collar, como si reclamaran su pertenencia a algún lugar. Las paredes de la caja se deshacen como plástico caliente en mi vestido, agujereándolo, calcinándolo por pedazos. Del músculo liso que me sostiene sale la cara burlona del amante ausente, con su cara alegre, apareciendo a un lado y a otro sin dejarse tocar, intentando besarme, intentando mordirme, disfrutando mi terror. Y antes de fundirse de nuevo en el músculo, me escupe el par de escapularios que alguna vez le había regalado y se alzan solemnes a mi alrededor. Danzando místicamente se acercan, me aprietan dejándome en los huesos y casi pulverizada me llevan por una extensa gama cromática hasta soltarme en el blanco absoluto.

Un espacio sin paredes, sin fronteras. Blanco de suave música resplandeciente y las pálidas coristas orientales alzándose en su fina coreografía, recitando el antiguo verso "vano es el amor si no hay suerte". Pero mi voz se arrastra por la comprimida caja torácica para responder "vano es el amor si no hay muerte". Sé bien que este blanco no es el lugar donde esperaba ir. Este blanco no es más que una tregua entre la ilusión y el vergonzoso retorno al pedazo de vida que evidentemente no he sido capaz de soltar. Así lo anuncian las coristas cuyos trajes se tornan rojos y sus dulces voces suben de tono: "Qué feliz dormías, orgullosa de tu alquimia, de tus milagros de corte científico. Qué feliz dormías en la insolencia de tus aparentes alcances. Qué feliz dormías en la calma del falso éxito asegurado. Qué feliz dormías en tu ignorante petulancia. Ahora huye de nuevo, despierta, que no hay retorno, que no hay lugar, que nunca te has ido, que tu rebeldía no tiene música, que tus

palabras son huecas y tus actos lastimeros. Despierta en tu cuerpo maltrecho y viértete sobre ti, que no es tiempo de partir”.

Mis ojos se abren grandes tragándose la luz blanquecina de la lámpara de hospital, con su suerte de aguijón amenazante sobre mi abdomen notablemente hinchado. Quise voltearme para darle forma de cabeza o al menos de boca a los murmullos que me empiezan a impacientar, pero mi cuerpo no obedece órdenes, permanece inmóvil, inmerso en su propio dolor. Protestante de mi intransigencia, me arroja a la enorme quietud y la onda explosiva de la ira sube rápidamente por las piernas, oprime el pecho, tensiona los brazos, serpentea en la cabeza y pulsa cada vez más rápido en la garganta. Escupo un grito intenso produciendo una mezcla de risa y desprecio en la enfermera que habla por teléfono en su estación. Se repite la escena del enfermo mendigante y la enfermera en su turno de poder:

—Será remitida a psicología, como todos los suicidas fracasados. Mientras tanto, se aguanta y sin gritar, que despierta a los otros —me dice con su tono impositivo ensayado por años para cubrir con algo de rudeza su carente conocimiento holístico. No tengo ganas de decirle nada, ni siquiera pienso nada; solo la escucho como un sonido ambiente y mecánico que adorna este lugar. No tengo un plan, no tengo una explicación, ni una excusa, ni un argumento de compasión. Me aferro al blanco total, lo reclamo entre la cólera y la somnolencia que yo misma me he causado. Quiero encontrar a una de esas dulces coristas y arrebatarle su cuerpo, su voz, meterme en ella, ser ella, sobre todo ser ella, alguna, otra, cualquiera. Pero las coristas se han ido, dejándole todo el espacio a los mismos recuerdos rancios de las horas muertas, los objetos de la niñez y la cocina verde olorosa a mantequilla, con las granadillas sobre la mesa. No recuerdo ningún cuerpo, ningún rostro, ninguna ropa. No encuentro ningún referente de esas pinturas surrealistas que solían refrescarme. Hallo los marcos vacíos y mis neuronas sedientas se han rendido a la profundidad que mantiene la somnolencia y apacigua el dolor violento de mi cuerpo. Y como si de venganza o de una brutal acepción de justicia se tratara, pasaron veintidós días en los que el tiempo parecía dilatarse suspendiéndome en su cadencia, abriendo todas mis puertas de la desesperación y la miserablesa. Veintidós días de desprecio y abandono asistido. Veintidós días de terapias y consejos motivadores que solo fortalecieron mi estado de histeria y cuyo resultado no fue el descubrimiento de la bondad, ni el compromiso de un cambio iluminado, ni siquiera la valorización de la vida. En cambio, entre los cartoncitos ilustrados del psicólogo y las noches de calmantes intravenosos, tuve el momento de sorpresiva revelación. Así, los veintidós días se convirtieron en mi epifanía empacada al vacío triunfal.

Con el cuerpo reducido a respuestas reflejo y la razón invertida en un solo propósito, volví a casa. La misma casa aplastante. Adentro todo está igual, es como entrar a una burbuja de tiempo detenido sin romperla. El frasquito sigue en el suelo, las sábanas amontonadas sobre la cama, el espejo con su triángulo de moho y la misma lucecita colada provocándome punzadas abdominales. Ahí estoy de nuevo: parada sobre la consecuencia de mí misma, mirando en el montón de fotografías el reflejo de lo que he hecho. Y es que todas esas fotos no son una taxonomía del llanto, porque todas las lágrimas al final conducen a él, a la barbarie de su cuerpecito destrozado por un gancho, a su risita que se acomodaba en las noches reclamando el lugar que nunca le di. Ahí estoy de nuevo, paralizada por el desasosiego de la derrota, amparada por el desprecio de reconocer mi precaria humanidad.

Hija de la generación del odio, fruto del fértil vientre de la mezquindad, personaje ostentoso de la historia repetida. Erupciones violentas de carácter sin identidad, egoísmo puro contenido en un cuerpo lánguido que se mira al espejo para obligar a la memoria a crear artilugios que lo justifiquen. Sin más intentos de simulación, me alisto en mi propia cruzada contra cualquier rasgo de humanidad que cause en mí este dolor turbulento. Por eso, con las armas de la determinación y mi arraigada costumbre de la solución del exterminio, subo en un do mayor sostenido y fluye caudaloso mi deseo primario de matar. Cometer un crimen con música alentadora, un crimen que reivindique la torpeza de mis olvidos, que extienda la furia de mis autoincriminaciones, que descuartice cada juicio pretencioso y entregue mis extremidades rendidas a la conciliación, mis vísceras a la fraternidad y mi corazón a la tranquilidad.

Como dos manos que en el baile buscan enlazarse, consolidarse en una sola fuerza, así mismo el deseo de matar busca compenetrarse con la necesidad de dar a luz siquiera una esperanza de vida transformada. Este cuerpo transgredido merece una identidad pacificadora que no intente suicidarse cada vez que se pare frente al espejo. Entonces, para cometer este crimen, debo apelar al cariño del desconocido, a la autoestima basada en la ilusión de un carácter transversal que abrace cada angustia avasalladora y la ponga a dormir... por lo menos mientras las sombras de mi ser fragmentado se rinden con la presencia inminente de esta muerte acomodada que intento traer. El abanico está abierto, cada una de las mujeres que encerraba se ha desplegado como matrioska, todas atadas por el dolor. Cada una está pintada con una gradación invernal, enfatizando el rencor, la ausencia, el abandono, el odio, la risueña culpa. Todas unidas componiendo la gama cromática del dolor que me obliga a matarlas, a silenciar a cada llorona que se derrama sobre el espejo. Y a la vez que se paran suplicantes a mi alrededor, mostrándome sus bocas

hambrientas de mi tranquilidad, organizo como en los relatos históricos mi propia fila de fusilamiento. Una a una hasta llegar a la niña ahogada entre tantas lágrimas que dieron lugar a las otras, miles de ojos inquisidores que no estarán más. Exprímanse ahora, inunden otra vez la habitación porque ahora que están afuera les impondré la costumbre de la muerte que no las dejará volver a entrar. Porque este crimen es sobre la tradición del dolor merecido. Al fusilarlas estaré desatando el nudo que las mantenía juntas, que presionaba todos mis conductos expresivos haciéndome un artefacto lacrimoso que clasificaba sus lágrimas en el espejo, creyendo falsamente que el remedio era una cuestión corporal. Así que estoy abatiendo esa fea costumbre represiva con la misma costumbre, con el nombre del hábito de la limpieza. Una muerte con atuendo purificado, una muerte que al fin vaciará todo indicio de dolor y me arrojará desnuda a la incertidumbre de la transformación, sin más herramientas que los cadáveres de mi desprecio.

A mis lados van cayendo; sus cuerpos llenos de ira se van deshaciendo. Los juicios de vergüenza mueren con tiros de gracia y mi cura de muerte triunfal resplandece sobre mi cuerpo alivianado, que no puedo dejar de contemplar frente a este amigo espejo silencioso. Muerte que te temía, muerte que te vestía con desesperación, muerte que te maldecía, esta vez atendiste mi tímido llamado y has desnudado mis presuntos pecados. Te he entregado cada una de mis personalidades acumuladas y a cambio me has dado un soplo de reconciliación. Resultaste cómplice de la pura vida y el fin que escabrosamente te achacan es solo un mito, como todos los que me llevaron a maldecirte y a idealizarte. Finalmente todo vuelve a ti y a mí.

Mi línea de tiempo sobre el piso, representada por cuerpos agonizantes que se despiden en un aria triste tratando de inmortalizar la costumbre de llamar a la desgracia. Es todo lo que queda entre los restos de mis múltiples conciencias. He cometido el crimen, he matado la fuente del dolor y mi cuerpo libre de contenido sigue siendo vulnerable a la desesperación. Rápidamente necesita construirse un rostro, una nueva identidad modificable ante la adversidad, con una capa antilíquidos que repele el llanto, fácil de limpiar con placeres momentáneos y con un par de grandes ojos contemplativos, ciegos a la autoinculpación. Tengo suficiente material para hacerlo. Con mis manos de artista puedo moldear mis figuras cadavéricas. Solo tomaré los rasgos no estropeados, los colores cálidos, y el resto lo amontonaré en una pila, le daré forma de pariente lejano mientras arreglo mi hogar con su fachada de mirada de los años veinte para que mi nueva cara resulte familiar. Se llama la escultura del nacimiento cíclico. Lo he decidido después de llegar a un pacto con el espejo. El mejor lugar para el descanso eterno de mis mujeres

padecientes es él. Él las guardará tras de sí. Yo misma las introduciré con mis manos movidas por la creación. Y él me las mostrará cada vez que los vestigios de la costumbre de la desgracia y la tragedia amenacen con desbaratar mi identidad convenientemente articulada, para que con mis ojos iluminados y mi corazón las observe como esas familiares que murieron hace tiempo y que visito para que el olvido no me haga volver a ellas.

De mis fragmentos he nacido y he guardado otros para tejerme varios vestidos con la convicción de abrir otra clasificación del llanto, más libre, menos asfixiante, más pintoresca, menos agonizante, y continuar con mi colección fotográfica de la taxonomía de las lágrimas antes, durante y después del nacimiento. Tendré que hacerme otras capas para no mostrar siempre el mismo tipo de desnudo en cada foto.

El espejo resultó generoso. Sin escrúpulos se tragó mis mujeres y se cerró transparente mostrándome mi refrescante y aún semivacia figura famélica. La cara conserva tres lunares que activan el recuerdo de las lágrimas primitivas con su sal gruesa erosionando la piel, carcomiendo el sentido original de mi humanidad. El cuello se ha alargado porque ahora sostiene otras subcaras que llevo según la ocasión, el tipo de iluminación y el lenguaje que deba usar para mantener una apariencia exenta de sospecha de rareza o incomodidad. El mecanismo no se detiene, los engranajes siguen moviéndose por alguna clase de inercia que sostiene un modelo de vida y mi escultura ha sido construida para tal fin. Es como asistir a un baile de disfraces, tengo bastantes con coreografías aprendidas que siguen perfectamente el movimiento de los engranajes. Mis brazos largos lo arreglan todo cada mañana: la cara de ir al trabajo, la sonrisa complaciente, los ojos comprensivos y las manos tibias para saludar. Al medio día una cara fresca y afable por si se acerca un prospecto de compañía. En la tarde una cara dura que no acepta preguntas. Submáscaras convenientes, contenido de mi reconstruida identidad. Cada una se va acomodando en el espacio que dejaron las fusiladas. Cuando estas pierdan su esplendor, tal vez también tenga que matarlas. Y mi abdomen cicatrizado baila con ellas, mis piernas firmes hacen las paces con el deber y someten a la voluntad. Me llevan por la ciudad sin prisa, sin huir. Mi cuerpo concertado dialoga con el espejo y a la muerte le escribe como a una vieja amiga, la recuerda en los cumpleaños del cuerpecito extraído que al fin se fue con sus ruidos, le manda flores de agradecimiento en el aniversario del crimen que le permitió nacer y celebra la vida bajo la figura de un nombre que aún construye. Mis mujeres muertas y mis mujeres crecientes me mantienen en un permanente viaje que hago sin agobio, aprovechando el paisaje, tomando notas de cada detalle que enriquezca el relato de mi decisión. Y

con mi mirada deconstruida, mi cuerpo ensamblado y mi interior en perspectiva, me sigue gustando mirarme al espejo cuando alguna emoción, recuerdo o suspicacia me hace desbordar. Sin importar el motivo ni el recorrido, se mantiene el genuino deleite de observar. Con otro nombre, con otras caras, con nuevas cicatrices, me gusta mirarme al espejo cuando lloro.